

Prosa amable, correcta y hasta no exenta de elegancia por su aticismo sobrio. No creemos supere este pensamiento su estado larval. Nos parece que Eugenia Sanhueza disimula sus condiciones de escritora, que tiene el pudor de la revelación de sus vivencias. No presumimos de zahoríes, pero las adivinamos tan interesantes que quizá algún día determinen una novela, cauce femenino sobre todos los que la literatura ofrece.

«ROMANCERO RÚSTICO», de *Sylvia Moore*. Edit. Rapa-Nui, 1950.

Temblamos ante los romances, forma en que la poesía española culminara evidenciando las virtudes y los vicios de su idiosincrasia especialísima. Entre nosotros los hemos venido considerando de pega por lo común y su manifiesto artificio nos ha parecido el de un barroquismo chirle.

Pero este Romancero ya es otra cosa. Desde luego, es rústico, campesino, lo que le anticipa callos y varoniles durezas, en pugna con las redondeces y morbideces de ciertas composiciones almibaradas y de relumbrón.

Podríamos decir que el romancero de *Sylvia Moore* es criollismo en verso, toda vez que al hilo de este bello libro van articulándose los temas de mayor intensidad folklórica, los asuntos más acusados y sustanciales de la psicología popular. Porque estos poemas tienen argumento, como lo tuvieron los altos de Pezoa Véliz, padre del gran objetivismo estético en la poesía de Chile.

Son 21 romances, cuya lectura deleita e instruye a la vez, de acuerdo con el postulado clásico, y apenas

si podría citarse uno que no entrañe un asunto levantado por nuestros costumbristas desde Blest Gana a Luis Durand. Aquí están las campesinas burladas, los ingenuos amores de machos y de hembras sencillos, los componedores de huesos, las macabras fiestas con angelitos, las almas en pena, los maleficios y sus conjuros, las supersticiones y los burdos medicamentos, las pequeñas pasiones y los fracasos del sexo pobre que suele ser un pobre sexo, etc., etc. Material riquísimo, va modelándose por las manos de la poetisa, que logra efectos sabios como en «La compositora de huesos» o «El velorio del angelito».

Una epopeya popular. Algo nuevo y valioso.

Sylvia Moore descuella por la soltura limpia, el desembarazo natural de su estro, por la sobriedad precisa en el trazo de paisajes y caracteres. Equilibrada y poderosa con modestia. Se pone al servicio amoroso de los asuntos, y por ello logra poseerlos intensa, íntegramente, porque sólo al que ama se le entrega la realidad en sustancia.

Tomemos azarosamente cabos que confirmen algo nuestras afirmaciones. Una campesina embarazada de lance por un burlador al estilo del Risquera Vana de Latorre, se objetiva así: «Sobre todo por delante—está gorda la Rosalba.—La pollera se le sube—el refajo se le alarga—y no es cosa de malicia—que los pechos se le agrandan—y el andar tiene distinto—y las caderas más anchas.—Unas ojeras circundan—sus pupilas avellanas—y al mirarla se ilumina—lo mismo que una fogata». Paisaje ceñido por breves y seguras pinceladas verbales: «En las afueras del bajo—donde bosteza el sendero de eterna monotonía—junto al hablar del estero». «Al horizonte guiñaba—un prematuro lucero. Las aves se daban cita en

las copas de los peumos—y volaban mariposas—como pétalos al viento». «Hasta la luna se empina sobre los cerros distantes,—sólo el sonido del grillo—rompe la malla del aire—y vagabundas luciérnagas—encienden sus chispas suaves — para aclarar las riberas—y las arenas del Maule», «Una estrella solitaria—parpadeaba azul de frío—y un perro cortaba el aire—con sus punzantes ladridos» «como fustas invisibles—pegaba el agua en los vidrios—y sus lágrimas de angustia—empapaban los caminos. Ágil remoción de un clima estético de parranda: «Todo el pueblo está de fiesta—Cuentos, risas, flores, bailes—Llegan polleras vistosas—y cinco guitarras que arden». Retrato físico de una moza: «Viste falda de percala—floreada con azahares,—luce los hombros desnudos—llenos de gracia y donaire—y tostada cabellera—con cintas de seda lacre». Y su rendido mozo, en tanto: «Con su poncho de arcoiris—las espuelas tintineantes—pantalones ajustados—y guarapón de alas grandes». Otra hembra garrida tiene «cintura para un anillo».

¿A qué insistir? Estamos frente a una gran poetisa de la objetividad vernácula. Responsable de su menester privilegiado, rarísimo, ha sabido sortear el preciosismo que acecha tradicionalmente al autor de romances, entibiándolo acaso por la medida que promete su ascendencia británica.

Hermosa edición ésta de Rapa-Nui, y venerando empleo del papel.

Creemos en dos revelaciones de la poesía en 1950, y femeninas ambas: Raquel Jodorowski en lo subjetivo impuro, y en la objetividad delicada y recia está sin duda Sylvia Moore.